

Ewan Clayton

La historia de la escritura

Traducción del inglés
de María Condor

 Siruela

El Ojo del Tiempo

A mis padres, Ian y Clare Clayton



Fig. 1. Johannes Vermeer, *Mujer escribiendo*, c. 1665.

Índice

Introducción	11
I Los cimientos latinos	17
II La comodidad del códice	49
III Hablar a través de los sentidos	73
IV El nuevo mundo: la escritura y la imprenta	99
V Pasando página: Reforma y renovación	131
VI El regreso de la escritura a mano	157
VII Poner en orden el mundo de la palabra escrita	189
VIII El advenimiento de la industria	207
IX La era industrial	239
X Revoluciones en el arte y en la impresión	269
XI Sueños alternativos	303
XII El artefacto material	339
Bibliografía	363
Agradecimientos	382
Listado de ilustraciones	384
Índice analítico	387

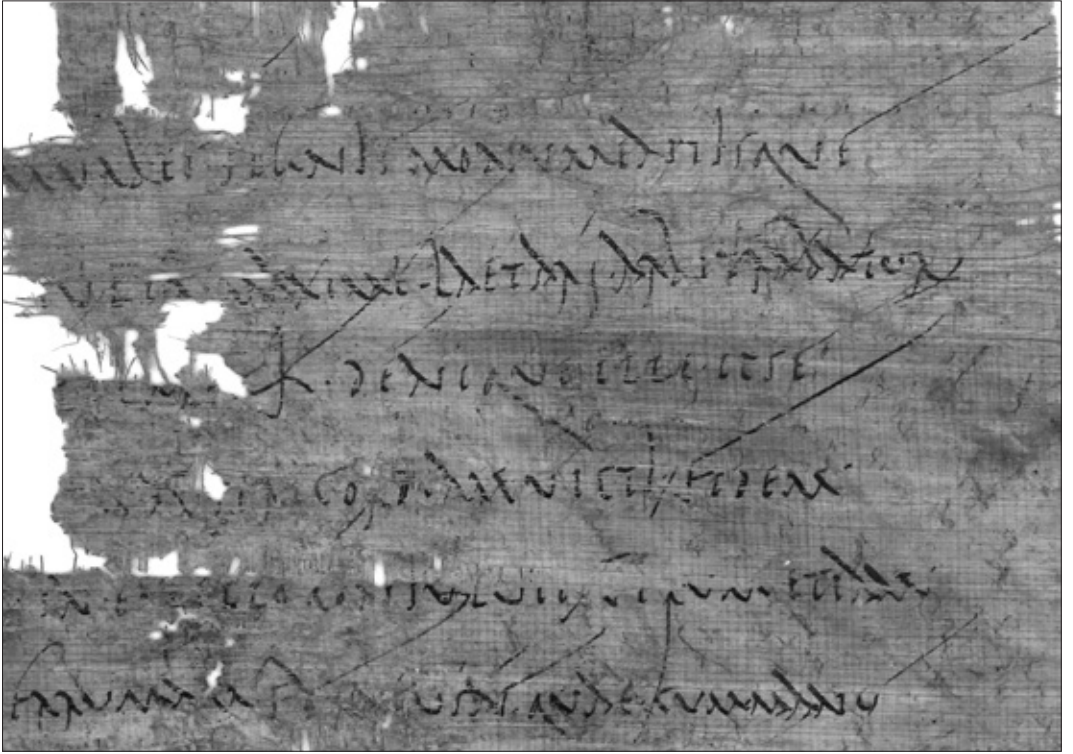


Fig. 2. Escritura romana con pluma de caña sobre fragmento de rollo de pergamino. Pasaje del discurso de Cicerón *In Verrem*, primera mitad del siglo I.

Introducción

Por lo que se refiere a la palabra escrita, nos encontramos en uno de esos momentos decisivos que se producen raras veces en la historia de la humanidad. Estamos presenciando la introducción de nuevos medios y herramientas de escritura. No ha sucedido más que dos veces en lo concerniente al alfabeto latino: una, en un proceso que duró varios siglos y en el que los rollos de papiro dejaron paso a los libros de vitela, en la Antigüedad tardía; y otra, cuando Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles y el cambio se difundió por toda Europa en una sola generación, a finales del siglo xv. Y ahora, el cambio significa que durante un breve periodo muchas de las convenciones que rodean a la palabra escrita se presentan fluidas; somos libres para imaginar de nuevo cómo será la relación que tendremos con la escritura y para configurar nuevas tecnologías. ¿Cómo se verán determinadas nuestras elecciones? ¿Cuánto sabemos del pasado de este medio? ¿Para qué nos sirve la escritura? ¿Qué herramientas de escritura necesitamos? Tal vez el primer paso para responder a estas preguntas sea averiguar algo del modo en que la escritura llegó a ser como es.

Empecé a preocuparme por estas cuestiones cuando, a los doce años, me volvieron a poner en la clase de los más pequeños para aprender a escribir de nuevo. En mis primeros cuatro años de escuela me habían enseñado tres clases diferentes de escritura; la consecuencia fue que estaba hecho un auténtico lío en cuanto a la forma que debían tener las letras. Todavía recuerdo que, a los seis años, me eché a llorar cuando me dijeron que la letra **f** de imprenta que yo hacía «estaba mal»: en aquella clase la **f** tenía muchos lazos y yo no entendía por qué.

Volver a la clase más básica fue algo ignominioso. Pero mi familia y los amigos de la familia me procuraron libros sobre cómo escribir bien. Mi madre me regaló un juego de plumas para caligrafía. Mi abuela me prestó una biografía para que la leyera: era la de Edward Johnston, un hombre que vivió en el pueblo en que yo fui a la escuela primaria. Era la persona que había impulsado la recuperación del interés por el perdido arte de la caligrafía en el mundo de habla

inglesa a comienzos del siglo xx. Resulta que mi abuela lo conocía: iba a bailar danzas escocesas con la señora Johnston, y mi madrina, Joy Sinden, había sido una de las enfermeras del señor Johnston. «Dígame usted», le había preguntado el señor Johnston una vez en la oscura vigilia de una noche con su lenta, pausada y sonora voz, «¿qué pasaría si plantara una rosa en el desierto?... Yo digo: pruebe a ver».

Johnston desarrolló los caracteres que el London Transport sigue usando hasta el día de hoy. Yo me enganché pronto a las plumas, a la tinta y a las formas de las letras, y así comenzó una búsqueda, que duraría toda mi vida, encaminada a descubrir más cosas acerca de la escritura.

Varias experiencias más enriquecieron esta búsqueda. Mis abuelos vivían en una comunidad de artesanos cerca de Ditchling, en Sussex, fundada en los años veinte por el escultor y tallista de letras Eric Gill. Al lado de la tejeduría de mi abuelo estaba el taller de Joseph Cribb, que había sido el primer aprendiz de Eric. Los días que no había colegio me dejaban ir al taller de Joseph, donde me enseñó a usar el cincel y a tallar dibujos en zigzag en bloques de caliza blanca. Me enseñó también a hacer las incisiones en forma de V que componen las letras esculpidas. Me hice una idea de cómo habían nacido las letras. Más adelante, al salir de la universidad, me formé como calígrafo y encuadernador, y empecé a ganarme la vida en el oficio. Quiero decir que aprendí a cortar una pluma de ave, a preparar el pergamino y la vitela para escribir, y a hacer libros a partir de una pila de papel satinado, cartón y pegamento, aguja e hilo.

Cuando tenía veintitantos años, tras una grave enfermedad, decidí entrar en un monasterio. Viví allí cuatro años, primero como lego y después como fraile. Pensaba que esto significaría dar la espalda a la caligrafía para siempre, pero me equivocaba. El abad, Victor Farwell, tenía una hermana favorita, Ursula, que había sido secretaria de la Sociedad de Amanuenses e Iluminadores, de la cual yo era miembro. Ella vio mi nombre en la lista de frailes y dijo a su hermano: «*Tienes* que dejarlo cultivar su oficio». Así, como un escriba de antaño, me convertí en un calígrafo monástico del siglo xx. Cuando se pasan muchas horas del día en silencio, las palabras llegan a tener un nuevo poder. Aprendí a escuchar y a leer de una manera nueva.

Después, cuando dejé el monasterio a finales de los ochenta, me esperaba otra experiencia poco habitual. Fui contratado como asesor de Xerox PARC, el Palo Alto Research Center de Xerox Corporation, en California. En este laboratorio se inventó el ordenador personal en red, el concepto de Windows, el Ethernet y la impresora láser, además de gran parte de la tecnología básica que está detrás de nuestra actual revolución de la información. Fue allí donde Steve

Jobs vio por primera vez la interfaz gráfica de usuario que proporcionó imagen y sentimiento a los productos de Apple que todos hemos llegado a conocer tan bien. Así pues, cuando Xerox PARC quiso que un experto en el arte de la escritura se sentara al lado de sus científicos para construir el mundo feliz de lo digital en el que todos vivimos ahora, por la razón que fuese yo me convertí en esa persona. Fue una experiencia que cambió mi vida y transformó mi visión de lo que es escribir.

Fue fundamental en esta experiencia David Levy, un científico informático al que había conocido durante el tiempo libre que se tomó para estudiar caligrafía en Londres. Fue él quien me invitó a entrar en PARC y de quien aprendí las perspectivas esenciales que han forjado esta historia¹. Por tanto, pienso que es con PARC y con David Levy en particular con quienes tengo una deuda de gratitud por haber escrito esta historia.

Hasta ahora, mi experiencia de lo que significa leer y escribir ha estado llena de contrastes: del monasterio a un centro de investigación de alta tecnología, de la pluma de ave y los libros encuadernados al correo electrónico y el futuro digital. Pero durante todo mi periplo me ha parecido importante mantener pasado, presente y futuro en una tensión creativa, no ser demasiado nostálgico de cómo eran antes las cosas ni volverme demasiado tarumba con la era digital como la respuesta a todo: la salvación por la tecnología. Yo veo cuanto está ocurriendo ahora –la web, la informática móvil, el correo electrónico, los nuevos medios digitales– como un continuidad con ese pasado. Hay dos cosas de las cuales podemos estar seguros: la primera, que no toda la anterior tecnología de la escritura va a desaparecer en los años venideros; y la segunda, que seguirán apareciendo nuevas tecnologías: cada generación tendrá que replantearse lo que en su propia época significa leer y escribir.

De hecho, nuestra educación en la escritura no parece cesar nunca. Mi padre, que tiene más de ochenta años, lleva cuarenta y siete escribiendo una carta a sus seis hijos cada lunes. En este tiempo, su «Queridos míos» ha migrado de la pluma estilográfica y el papel de cartas con membrete al bolígrafo y al rotulador; después, a mediados de los setenta, aprendió él solo a escribir a máquina, usando papel carbón para hacer copias que mecanografiaba en hojas de tamaño A4. El paso siguiente fue utilizar una fotocopidora para copiar sus originales y ahora se ha comprado un Mac y la cartas las envía por correo electrónico, con la dirección de cada uno de mis hermanos y

¹ Véase D. M. Levy, *Scrolling forward. Making sense of documents in the digital age*, Arcade, 2001.

hermanas cuidadosamente pegadas al recuadro «CC» de sus correos. Está aprendiendo un nuevo lenguaje de fuentes y cursor, clics primario y secundario, módems y wifi. En su último cumpleaños le compramos una cámara digital y ahora sus cartas contienen imágenes o películas cortas.

El libro que tienen ustedes en sus manos ha surgido porque yo quería reconstruir una historia de la escritura en alfabeto latino que reuniera las diversas disciplinas que la rodean, aunque en lo fundamental mi perspectiva es la de un calígrafo. El conocimiento de la escritura lo conservan en muchos lugares diferentes expertos en distintas culturas, estudiosos de la epigrafía (la escritura en piedra) y la paleografía (el estudio de la escritura antigua), calígrafos, tipógrafos, abogados, artistas, diseñadores, tallistas de letras, rotulistas, científicos forenses, biógrafos y muchos más. Lo cierto es que escribir este libro se me antojó en ocasiones una tarea imposible: parecía que cada década y cada tema tenía sus expertos, ¿cómo podría uno dominar cinco mil años de todo esto? He tenido que aceptar que no puedo, pero espero darles una idea, un panorama general que tal vez los lleve a explorar por su cuenta otras facetas de la historia.

En cierto sentido, este libro es una historia de la artesanía en relación con la palabra escrita. Puede que resulte un concepto anticuado. Pero mientras estaba escribiendo este libro, en octubre de 2011, lamentablemente murió Steve Jobs, el cofundador de Apple. Aquel mes se publicó su biografía autorizada. Todos los autores que han repasado la vida y la obra de Jobs coinciden en una cosa: sentía pasión por la artesanía y el diseño, y esto fue lo que marcó la diferencia en Apple y en el propio Jobs. Hay dos perspectivas que parecen haber complementado su percepción del diseño: «Tienes que empezar por la experiencia de cliente y luego ir hacia atrás, a la tecnología, y no al revés»². Y que esos grandes productos sean un triunfo del gusto, y el gusto aparece, decía Jobs, «entrando en contacto con las mejores cosas que han hecho los seres humanos y tratando luego de incluir esas mismas cosas en lo que uno está haciendo»³.

Una de las experiencias importantes que confirman el punto de vista de Jobs había sido su contacto con la historia y la práctica de la «escritura» durante un curso en el Reed College de Portland, Ore-

² De un discurso pronunciado en 1997 para la tercera reunión de desarrolladores de software de Apple, citado en la necrológica de Steve Jobs, *The Guardian*, 6 de octubre de 2011.

³ De la necrológica de Steve Jobs, *The New York Times*, 6 de octubre de 2011.

gón. Reed era uno de los pocos *colleges* de Norteamérica que ofrecían clases de caligrafía. Cuando Jobs siguió su inclinación y se aplicó a la caligrafía se vio inmerso en un amplio panorama de historia cultural y selecta artesanía de escritura a mano y tipografía que fue una revelación para él. Completaba la perspectiva que aprendió de su padre adoptivo, ingeniero mecánico: la artesanía era importante.

Steve Jobs era un tecnólogo que había comprendido: sabía que el aspecto de las cosas y la sensación que producen eran importantes; que la manera en que nos interrelacionamos con ellas no era solamente valor añadido, sino que formaba parte de su alma, contenía significado, nos permitía relacionarnos y vivir ellas, para poner la mayor parte posible de nuestra humanidad en la comunicación. La verdad es que en esta historia hay muchas personas como Steve Jobs, personas que se han esforzado por hacer de la comunicación entre los individuos una experiencia más enriquecedora y satisfactoria. Esta es su historia y, como nosotros somos los herederos de las elecciones que hicieron, es también la nuestra.

Algo de lo que me he dado cuenta escribiendo este libro es de lo jóvenes que somos en nuestra relación con la palabra escrita. No fue hasta el siglo pasado cuando la escritura se convirtió en una experiencia común, y no fue hasta las últimas décadas cuando los jóvenes empezaron a desarrollar su propia cultura gráfica característica. La escritura tiene un futuro apasionante. ¿Podemos seguir imaginando de nuevo cómo apelará el mundo de la palabra escrita a la plenitud de nuestra humanidad? Yo digo que sí... prueben a ver.

CAPÍTULO I

Los cimientos latinos



Fig. 3. Carteles electorales pintados con pincel de borde cuadrado en la pared de la casa de Trebius Valens, Herculano, año 79.

Los orígenes del alfabeto son harto prosaicos. Se hallan en unos cuantos símbolos utilizados hacia el final del Imperio Medio egipcio (en torno al 1850 a. C.) por los funcionarios administrativos de rango inferior para escribir en sus lenguas inmigrantes. Las vestigios más antiguos del alfabeto se encontraron en una pared rocosa llena de grafitis, cerca de una árida carretera en Wadi el-Hol (el Valle Terrible) que atraviesa el desierto entre Abidos y Tebas, en el Alto Egipto [fig. 4]. Los descubridores de estas sencillas inscripciones, aún sin descifrar, fueron John y Deborah Darnell, egiptólogos de Yale. Cuando en 1993 encontraron las inscripciones de Wadi el-Hol reconocieron de inmediato ciertas formas de la escritura protosinaítica y protocananea relacionada con la más antigua escritura alfabética de la península del Sinaí y más al norte –entrando en territorio cananeo, en Siria-Palestina–, que databa del 1600 a. C. en adelante. Pero estas inscripciones en territorio egipcio podrían fecharse, examinando materiales relacionados con ellas, unos doscientos cincuenta años antes. Allí estaba el álef, la cabeza de buey; el signo ondulado que significa ‘agua’ en los jeroglíficos, quizá ya adaptado de la **n** egipcia (*nt* y *nwy*, ‘agua’) a la **m** semítica (de *mayim*, ‘agua’); el signo encrespado que significa ‘casa’ y en egipcio se lee **p-r**, pero en las formas semíticas occidentales acabó dando *beth* en hebreo, *bait* en árabe y *beta* en griego.

Lo que esto nos indica es que se trata de una escritura que se ha alejado de los ideogramas y símbolos silábicos de los jeroglíficos y ha optado por usar solamente sus elementos consonánticos (la escritura jeroglífica tiene veinticuatro). Una inscripción de la pirámide de



Fig. 4. Inscripción I, Wadi el-Hol, c. 1850 a. C.

Unas, en Saqqara, anterior al 2400 a. C., muestra ya símbolos egipcios utilizados para escribir palabras semíticas (en este caso, un hechizo para conseguir protección contra las serpientes). Los testimonios de Wadi el-Hol nos hacen preguntarnos si los egipcios y los pueblos semíticos occidentales (los egipcios los llamaban «aamou» o asiáticos) que vivían en Egipto habían desarrollado ya una manera plenamente alfabética de escribir en una lengua semítica occidental que estaría en continuidad con las posteriores escrituras protosinaítica y proto-cananea, aun cuando a su alrededor persistiera mientras tanto el entorno egipcio, infinitamente más sofisticado, de jeroglíficos sagrados y escritura hierática sacerdotal.

Que se pudieran usar menos de treinta signos para representar una palabra en cualquier lengua le parecería algo muy tosco a un escriba egipcio, acostumbrado a emplear centenares. Pero este primer alfabeto era utilitario y tenía que serlo. Este método alfabético tenía a su favor que era relativamente fácil de aprender, que se podía adaptar a la mayoría de las lenguas y que liberaba al comerciante del poder del escriba, ya fuese este del templo, real o militar. Uno podía llevar sus propios registros, podía dirigir sus propios negocios. Se sabe con seguridad que alrededor del 1700 a. C. los trabajadores semitas de las minas de Serabit el-Khadem (Sinaí) empleaban un sistema similar al de la inscripción de Wadi el-Hol; a partir del 1600 esta escritura protosinaítica aparece más al norte, en la zona sirio-palestina; y hacia el 1000 a. C. se usó en su forma fenicia para esculpir un verso protector alrededor de la tumba de Ahiiram, rey de Biblos, una ciudad famosa por su comercio exportador de papiros, y de donde procede la palabra griega para designar el libro, *biblios*.

Mi objetivo principal es contar la historia de la escritura en letras latinas, y es cierto que no todos los detalles de las idas y venidas de las escrituras alfabéticas y silábicas por el Mediterráneo oriental guardan relación con el avance del alfabeto hacia Grecia y después hacia Roma. Pero debemos tener en cuenta que es de esta escritura semicursiva de los fenicios –los cananeos que habitaban en la costa, en ciudades como Biblos, Tiro, Sidón, Beirut y Ascalón– de la que descienden todas las posteriores ramas de la escritura alfabética. La más importante fue la aramea, de la cual a su vez vinieron las familias hebrea, árabe e india.

En contraste con la proliferación de formas a medida que el alfabeto se trasladaba hacia el sudeste, en su viaje hacia el noroeste había mayor convergencia. Al final, una sola versión del alfabeto llegó a dominar la zonas que se extienden desde Escandinavia hasta el Mediterráneo. Fue el alfabeto que se difundió desde la ciudad de Roma.